

Capítulo 4

Los discursos económicos

Tres corrientes de pensamiento económico marcan la manera de explicarse los problemas y fenómenos históricos que hemos mencionado en el capítulo anterior, precio, ganancia, riqueza, mercado y estado. Ellas son la escuela clásica, la marxista y la neoclásica.

a) Los clásicos

Estos economistas adscribieron a diferentes vertientes analíticas de acuerdo al énfasis con que destacaron algunas características de los procesos económicos. En primer término citaremos a los *mercantilistas* quienes se ocuparon especialmente del problema de la riqueza.

Después del descubrimiento de América y con la expansión del comercio mundial, un movimiento constante de hombres y de bienes se producía entre naciones, que estaban a su vez en un proceso de formación y de consolidación. No debemos olvidar que los señores feudales habían mantenido sus lugares señoriales como cotos cerrados, en los cuales podían controlar a su arbitrio la producción, la distribución y el consumo.

La aventura conquistadora, a la búsqueda de rápidas riquezas en las minas y tierras del Nuevo Mundo, expandió los imperios coloniales. La riqueza generada por la explotación de los indígenas y la exacción de los metales preciosos, se exportaba a Europa a través de rutas determinadas y controladas por los colonizadores. Este comercio protegido y controlado va a ser puesto en cuestionamiento por piratas y corsarios que, mediante el robo y el pillaje, provocaron rupturas y modificaciones en las corrientes de intercambio.

Mientras esto sucedía en los mares, en tierra los burgos y ciudades se transformaban en centros comerciales, se ampliaban los mercados, y hacia allí fluían los bienes provenientes del campo, de las manufacturas urbanas y de la explotación colonial. La avidez de los

individuos que se acercaban a los mercados comenzó a parecerse, cada vez más, a la de los piratas y corsarios que asolaban los mares. El intercambio de bienes se transformaba en un momento propicio para la obtención de una ganancia o para el riesgo de una pérdida.

Para los mercantilistas la premisa era tratar de vender caro y comprar barato; es decir que la riqueza se podía obtener a través de un movimiento constante de mercaderías, bajo el criterio comercial de obtener un beneficio en el trueque de los bienes. La riqueza era para los mercantilistas la suma de estos beneficios, bajo la forma de dinero, monedas y metales.

Así como el botín significaba la riqueza para los piratas y corsarios, para los mercantilistas estaba representada por la diferencia entre las compras y las ventas. Para éstos riqueza era la acumulación de oro y plata.

Desde este punto de vista, la posibilidad de quedarse con mercaderías invendidas era asimilable a la pérdida de riqueza. El incremento y la expansión del comercio se constituyeron en las consignas soberanas al principio de la ganancia mediante un comercio ventajoso.

Algunos mercantilistas creían que bastaba acumular un gran tesoro, compuesto por metales preciosos, oro y plata, para asegurar la riqueza individual y nacional. Otros, por el contrario observaban que no era suficiente esta acumulación de metales, e impulsaron a sus respectivos estados nacionales a una lucha por el dominio de los mercados, y a la protección de sus manufacturas e industrias incipientes, siempre bajo la premisa de vender caro para comprar barato.

Estas diferencias tuvieron una repercusión histórica importante. Aquellas naciones conquistadoras que, como España y Portugal, siguieron una política de acumulación de metales descuidando la producción de bienes, terminaron en una situación de empobrecimiento relativo frente a los imperios comerciales que, como Inglaterra, los Países Bajos y Francia, optaron por una política de producción, de intervencionismo estatal y de expansionismo comercial.

La identificación mercantilista entre riqueza y propiedad de dinero generó la reacción de un grupo importante de economistas y de políticos, que se expresó a través de los *fisiócratas*. Estos plantearon la necesidad de un retorno a la naturaleza, privilegiando el trabajo agrícola frente a las restantes actividades económicas. El trabajo de la tierra era para ellos la única fuente de riqueza real, y el medio para

conseguir el bienestar de la nación.

Para los fisiócratas existía un *orden natural* establecido por Dios para el bienestar de los hombres: «... Todos nuestros intereses, todas nuestras voluntades vienen a reunirse... y a formar, para nuestro bienestar común, una armonía que puede ser considerada como la obra de una divinidad bienhechora que quiere que la tierra esté cubierta de hombres felices». (M. de la Rivière, Orden Natural y Esencial de las Sociedades Políticas, T.I. pág. 390, T.II, pág. 638).

Dicho orden natural estaba compuesto por el soberano, los campesinos, los artesanos y los comerciantes y, funcionando de acuerdo a las leyes de la naturaleza, permitía la satisfacción de las necesidades de todos los individuos y el bienestar de la nación. En tanto se reconocía en la Providencia el origen de este orden, el mismo era inmutable e inmodificable.

La mejor manera de garantizar que este orden natural no se pervirtiera, era la eliminación de todas las trabas que impedían ejercer, libremente, las tareas laborales, los oficios y el comercio entre individuos y naciones. Es por esta razón que la premisa principal de los fisiócratas será la de dejar hacer y dejar pasar.

Frente al pensamiento mercantilista, los fisiócratas propugnarán la no intervención del Estado en la resolución de los problemas económicos, el libre movimiento de las personas y de los bienes, y establecerán una relación directa entre riqueza y trabajo, en particular el trabajo de la tierra.

Después de esta vertiente y entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX, surgen los pensadores más relevantes de la escuela clásica. Destacan entre ellos *Adam Smith*, *Thomas Malthus*, *David Ricardo* y *Jean Baptiste Say*, de cuyos aportes derivarán diversas corrientes actuales de pensamiento económico.

Con ellos surge con claridad el concepto de división del trabajo, explicando la parcelación de las tareas necesarias para la producción de un bien. Adam Smith plantea el célebre ejemplo de la fábrica de alfileres, en la que muchos operarios realizan diversas tareas parciales, confeccionando alfileres en menor tiempo que el artesano que debía realizar todas las tareas por sí solo. División del trabajo implica mayor productividad, y esta productividad aparece como la razón fundamental de la riqueza de las naciones.

Otro criterio importante es que solamente mediante el trabajo se obtienen los bienes que pueden satisfacer el conjunto de las necesi-

dades; como diría Adam Smith: «... el trabajo es aquel fondo común del cual los hombres se proveen de las cosas necesarias y útiles para su vida». (La riqueza de las naciones, Prólogo).

Junto a estos elementos Thomas Malthus introduce el problema de la población. Este autor observa que el crecimiento demográfico puede ser superior al ritmo del crecimiento de la producción de bienes. También planteará por primera vez la posibilidad de un desequilibrio entre la capacidad de consumo y la capacidad de producción, es decir que una carencia de poder adquisitivo y de consumo puede llevar a que los bienes producidos en la sociedad no sean absorbidos totalmente por el mercado, lo que sitúa a la economía en la sobreproducción.

Malthus combina una visión escéptica de largo plazo, en la cual la población excede a los recursos disponibles, con una visión de corto plazo en donde puede existir un exceso entre lo que la sociedad produce y lo que puede consumir.

Contra Malthus, Jean Baptiste Say defiende la premisa de que existe un equilibrio natural entre los bienes que se llevan al mercado y los que salen del mismo, es decir, un equilibrio natural entre producción y consumo. Según este autor toda oferta tiene siempre su demanda correspondiente, esto es, todo lo que se quiere vender posee un comprador potencial.

Con David Ricardo se completa el panorama teórico de la economía clásica. Por un lado reafirma el hecho de que el valor relativo de las mercaderías depende de la cantidad de trabajo que las mismas contienen, principio que ya había sido formulado por Adam Smith, pero de forma muy general.

Pero lo más relevante de su aporte será su señalamiento de que las leyes que rigen la distribución de lo que los hombres producen son el objetivo fundamental de la economía política. Lo que los hombres producen se distribuye entre salarios, ganancia y renta de la tierra, es decir entre trabajadores, capitalistas y terratenientes. La cantidad dada a distribuir, supone un conflicto por su reparto: todo incremento del monto de salarios ya a significar una disminución del monto de utilidades del empresario capitalista, similar relación conflictiva se plantea en relación a la porción del producto que los terratenientes se apropian bajo la forma de renta de la tierra, respecto al monto de salarios y de utilidades.

En el pensamiento ricardiano el conflicto en la distribución ocupa

un lugar primordial, y en este sentido aparece como el antecedente inmediato de Carlos Marx.

A modo de resumen, en los clásicos se diseña un discurso donde división del trabajo, productividad, trabajo, la relación producción consumo y el conflicto distributivo, distinguen el cuerpo teórico.

El orden natural se constituye como un principio de racionalidad económica. La eliminación de las trabas a la libre circulación de bienes y de personas, producto del tradicional dejar hacer y dejar pasar de los fisiócratas y de Adam Smith, será la fuente inspiradora de las políticas liberales que acompañarán el surgimiento del capitalismo.

Con los clásicos surge la economía política. Con ellos se define el panorama teórico de la disciplina, se plantean todos los problemas que el capitalismo colocaba en su proceso expansivo y disolvente del orden feudal. Ellos fijan los marcos, los referentes, el contexto, en el cual las restantes corrientes económicas se van a desarrollar.

En la medida en que los clásicos abordaban por vez primera el estudio sistemático y global de los problemas económicos, sin referentes anteriores, su cuerpo de pensamiento no es un todo coherente y homogéneo. El punto de partida que unifica a los clásicos es el reconocimiento de que el orden capitalista es un orden natural, similar al orden de la naturaleza, que reconoce un origen providencial al que, precisamente por ello, el hombre no debe violentar. Son liberales, no intervencionistas, porque el capitalismo aparecía frente al orden feudal encarnando las nociones de libertad e igualdad.

Pero esta unidad del punto de partida no se expresa como unidad y coherencia en el conjunto de autores que hemos mencionado. Los mercantilistas estaban presos de la ilusión del dinero como riqueza absoluta y frente a ellos los fisiócratas defenderán la idea de la producción y del trabajo agrícola y no de la circulación y el dinero como verdadera riqueza. Say será el teórico de la economía capitalista como armonía y equilibrio mientras que Ricardo (y aún Smith) insistirán en la existencia de conflictos tanto en el mercado como en la distribución. Smith mismo abandonará la idea de trabajo como origen de la riqueza mientras que Ricardo la desarrollará hasta su máximo nivel. Es decir, el punto de partida no era suficiente para dotar al pensamiento clásico de unidad analítica sobre el conjunto de aspectos que pretendía explicar.

En la medida en que los clásicos plantean todos los problemas, Marx y los neoclásicos como corrientes posteriores, desarrollarán

matices enfrentados del pensamiento que los inspiraba. Marx profundizará, criticando sobre todo a Ricardo, la noción de trabajo como fuente fundamental de riqueza. Los neoclásicos recuperarán la noción de armonía y de equilibrio, la concepción del capitalismo como orden natural. El pensamiento clásico conducirá así a dos vertientes teóricas claramente contrapuestas.